

colección rúbrica



FEDERICO SERRANO



ENTRE NUBES Y CLAROS

Doce meses de calenturas literarias

esstudio
ediciones

Enero

La Librería de Pozuelo



Si los fines de semana, el *Teatro Mira* de Pozuelo ofrece una variedad de representaciones, desde danza hasta ópera, corales y obras de teatro, para disfrute de sus vecinos, poca gente sabe lo que todas las madrugadas ocurre en la librería del pueblo, en la librería *Zepol*. Me lo contó *Mauricio* el gato, ese felino que por las noches deambula por

la plaza del Padre Vallet, y se lo voy a relatar a ustedes. Yo lo presencié.

En los soportales enfrente del ayuntamiento y en un local pequeño, pero de mucho fondo, está la librería.

Su dueño, Eduardo, a las ocho de la tarde, vacía la caja, apaga las luces del escaparate y echa el cierre. La plaza se queda desierta.

Me contó el gato que en las madrugadas y desde el sótano del local, lleno de estanterías con libros perfectamente alineados, a través de las rejillas del alcantarillado, se escuchan ruidos, voces, como si hubiera mucha gente.

Movido por la curiosidad, un día, en el entrar y salir gente de la librería, me colé sin que nadie me viese, y por la escalera bajé al sótano y me escondí entre los libros.

Llegó la hora de cerrar, Eduardo se fue y allí, en la oscuridad, escondido entre los libros, esperé acontecimientos.

De pronto, desde un libro de faros del mundo, uno de ellos se encendió como si tuviese que orientar a un barco a la deriva. De inmediato empezó a sonar la música de otro libro que contaba las historias del circo para los más pequeños. Los personajes de los libros abandonaban las páginas y saltaban y bailaban. Allí estaba Alicia, que saltaba con los personajes de *Avatar*, un libro reciente que estaba en el escaparate como una de las últimas novedades. Allí también estaban los lápices de colores que militarmente desfilaban y desde una estantería dedicada a historias de civilizaciones, Nefertiti y Tutankamón se paseaban en una faluca y también Cleopatra desfilaba con su túnica y Casanova al son de los trovadores de Ve-

necia acompañado de Arlequín, Pantaleón y Polichinela. Por la escalera descendían los planetas, pintados de colores, con sus rotaciones. Todo era un caos mágico, lleno de ilusión, movimiento, alegría... la fantasía de los libros.

Pasaron las horas, llegaba el amanecer y nuestros personajes volvieron a sus páginas, eran los dueños de sus historias.

Llegó el silencio hasta que Eduardo abrió la puerta. Un nuevo día llegaba a la librería. Los periódicos de primera hora, los mapas ciegos para los niños en su clase de geografía, la fotocopidora lista, y los libros, silenciosos, esperando a que cualquier vecino de Pozuelo vaya a comprarlos, a disfrutar de sus historias, de sus lugares imaginarios, de sus personajes. Y si en ese momento no tienen el libro que deseas no pasa nada, ellos te lo consiguen en 24 horas. La magia de Lara, una joven que siempre con una sonrisa te atiende tras el mostrador; para ella, no hay imposibles, no hay libro que se le resista.

Y así día tras día, madrugada tras madrugada. La librería de Pozuelo.

Perdón, se me olvidaba presentarme... Soy *Leo*, el ratón de la *Biblioteca Miguel de Cervantes*, el amigo de *Mauricio* el gato. Los dos somos pozueleños.

Febrero

Delito Frustrado

Dedicado a Lucía. Ella me dio la idea



Por fin había llegado el gran día. Lo había intentado con las amigas, pero ninguna había mostrado mucho interés por asistir, así que iba sola. Bueno, no tan sola, a través de un club de fans, en las redes, había contactado con un tipo llamado Andrés. Sabía su edad y poco más, pero bueno, en el concierto se irían conociendo.

Esa mañana lucía un sol intenso en Sevilla. Se puso ropa cómoda, 24 horas en *La Cartuja Center* daban para mucho y estaría abarrotado. Un año esperando el gran musical *La Cartuja Metallica Music* y por fin había llegado.

Enseguida encontró a Andrés, habían quedado en las puertas de acceso. Él llegaba en autobús desde Dos Hermanas.

Y empezó el Musical.

Una actuación tras otra, las horas se pasaban volando. Andrés no era muy hablador, más bien parecía un tipo reservado y siempre pendiente de su mochila, para su gusto, un poco vieja.

Y sin apenas darse cuenta llegó la noche. Llenos de emoción sentían la música y disfrutaban del espectáculo, los grupos sacaban lo mejor de su discografía para conseguir el éxtasis de un público entregado. Y ellos lo estaban.

Andrés miró su reloj y enseguida se percató de que el último autobús con destino a Dos Hermanas acababa de partir.

Se lo dijo a Conchi y ella le contestó que no se preocupara, que se quedaría en su casa hasta la hora que saliera el siguiente.

La verdad es que no le gustaba mucho la idea... Andrés, en definitiva, era un desconocido para ella, pero tampoco le podía dejar tirado en la calle.

«Te dejo una manta por si refresca al amanecer, el sofá es cómodo, descansa, aún quedan horas hasta la salida del autobús».

Él no dijo nada y ella entró en su habitación. Definitivamente era un tipo raro, casi no hablaba y parecía obsesionado en todo momento por su mochila vieja. Como si hubiera algo valioso dentro de ella.

Cerró la puerta y echó el cerrojo. No estaba tranquila. Se tumbó en la cama y mientras escuchaba pasos y ruidos en el salón, se quedó dormida.

—Conchi, por favor, puedes abrir.

—Andrés, qué quieres.

—Hablar contigo, abre, por favor.

—Yo no tengo nada que hablar, es muy tarde, tengo sueño.

—Conchi, abre la puerta o la tiro abajo.

—Qué dices, quién te crees que eres. Ni se te ocurra o llamo a la policía.

Y sin dudarlo, lo hizo mientras Andrés aporreaba la puerta como un poseso.

Oyó su respiración intensa a través de la puerta y después unos pasos ligeros. Luego el silencio.

Se sentó en la cama, no sabía qué pensar, tenía miedo, qué era todo aquello, aquel tipo tan educado, reservado, eso sí. Qué raro era todo. Estaba muy nerviosa.

—Tomen huellas de todos los rincones.

—Conchi, Capitán Bermúdez, de la comisaría de Los Remedios. Todo ha pasado, esté tranquila. Va a abrir la puerta y va a salir. Se va a impresionar con lo que va a ver, pero no se detenga, salga del piso y bajemos a la calle, allí se lo explicaré todo. Ha sido muy valiente.

Cuando abrió la puerta y vio el salón se quedó sin palabras. Las paredes estaban empapeladas de papel de aluminio. La mesa del comedor se había convertido en una camilla y en el aparador, perfectamente alineados, estaba todo un arsenal de instrumental quirúrgico.